

La filosofía de Ramón Mosquera

Los orígenes del *efecto conserje*

El principio especulativo que tiene estatus de procedimiento público a nivel local indica que criticar significa menos analizar que denostar. El principio local de una crítica, es decir, de un juzgamiento crítico de una situación, no representa análisis de una cuestión, sino toma de posición pública respecto de personajes y de contextos de dicho dominio público. La ausencia de comprensión y de información respecto de la cuestión o problema no constituye obstáculo alguna en relación a una postura crítica. No hay pensamiento crítico, por llamarlo con una expresión a la moda actual, en el ámbito local, sino especulación mediática, en torno a los medios de comunicación. Y esta situación no se refiere sólo al dominio de la política de Estado o de la administración, sino también a todas las áreas del pensamiento y la cultura, por llamarle de una manera genérica. La mediación que la tecnología supone ha igualado en este sentido los dominios del pensamiento en tanto todos y cada uno se constituyen en torno a su difusión pública. De manera que el principio especulativo del que hablamos no se refiere sólo a aquellos dominios que hacen de la especulación su argumento principal, sino también a aquellos despreocupados de tal concepto.

A esta especulación mediática, a esta estrategia de información pública presentada falsamente como pensamiento crítico le indicaremos como el *efecto conserje*, para usar una analogía con la obra de Marcel Proust, *A la recherche du temps perdu*, en donde el narrador sugiere que la presencia en un hotel del conserje —su vestimenta, su cuerpo, su garbo— eran más importantes para la reputación de dicho hotel que el estado de sus habitaciones, de su mobiliario o de su limpieza.

La supresión total de aquello que se critica es el objetivo último de este mecanismo que ya supera los individuos —en cuyo caso si no le indicaríamos como resentimiento— y que adquiere estatus de fenómeno cultural. Y supresión aquí significa

pérdida de valor simbólico, disminución de legitimidad, modificación de significados. Esta característica local halla, además, en las formas sociales de las democracias modernas Occidentales, unas condiciones favorables para su desarrollo y perennidad. La imposición de un criterio o perspectiva en desmedro de otro es más importante que el contenido o los elementos de dicho criterio o perspectiva. Más aun, la destitución de un criterio o perspectiva contrario es más relevante que la constitución de un criterio propio. Estas variantes sociales y colectivas del resentimiento son moneda corriente en las democracias formales de la actualidad, tal como ya lo anticipaba Alexis de Tocqueville (1805-1859) hace dos siglos o, de manera más local, como explicaba Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964) hace más de cincuenta años.

Esta ausencia de especulación crítica respecto de ideas, conceptos o argumentos concretos es aquello que ha modificado radicalmente el sentido de educación y pedagogía o, cuanto menos, la relación de la educación y la pedagogía con una idea de especulación —situación que, por otra parte, apenas es notada o comentada por los autores locales. Por sobre esta situación se ha venido a agregar la cuestión de la predominancia tecnológica en las relaciones interhumanas, de manera que la actividad escolar ha sido confundida con una maestrización de la información y sus derivaciones. La especulación crítica es así convertida, en el mejor de los casos, en un fenómeno histórico que se refiere a un período pasado de la historia local y que, como tal, se lo estudia de forma historicista. El complemento de esta tecnologización educativa es una dimensión institucional: es el cumplimiento de reglamentos, de procedimientos y de manuales, donde se cree encontrar la eficacia educativa y sus principios últimos.

Una especulación sin humanos

Esta situación radical es ya conocida en sus lineamientos generales y no presenta novedad alguna excepto por el hecho que en actualidad funciona en una comunidad, en una sociedad, en un mercado, que, como indicamos, es dominado por la tecnología. El hecho que la interacción y mediación humanas se hallen dominados por la tecnología ha incrementado la relevancia de los aspectos visuales. La dimensión tecnológica confirma y expande el resentimiento social favorecido por las sociedades de consumo contemporáneas. Esta situación no ha logrado ser revertida o siquiera puesta entre paréntesis por las comunidades científicas o intelectuales, las cuales, en el mejor de los

casos, identifican y diagnostican la cuestión. De esta manera, por ejemplo, las universidades de los ámbitos periféricos, como en el Río de la Plata, funcionan como educadoras y continuadoras de este analfabetismo actual. Y esta condición o, mejor dicho, esta forma de entender el pensamiento es aquello que no ha sido aun discutido en suficiencia.

Un problema especulativo en la sangre

Veamos un ejemplo. El 9 de noviembre de 1914 en el Hospital Rawson se produjo la que se postula como primera transfusión de sangre de que se tenga noticia. El principio de transfusión ya se conocía desde 1666, a partir de los experimentos de Richard Lower (1631-1691) y que serían mejorados por obstetras como James Blundell (1791-1878) y cirujanos como Joseph Lister (1827-1912) en el siglo XIX. Esta revolución silenciosa es tan sencilla como sorprendente. Se trataba de hallar un producto para que la sangre, una vez extraída, no se coagulara. Esto que en la actualidad se llama anti-coagulante en 1914 fue obtenido a partir de una dosis de citrato neutro de sodio. El logro se atribuye localmente al médico Luis Agote (1868-1954) quien estaba al corriente que el citrato neutro de sodio impedía la coagulación de las proteínas del huevo. En un primer ensayo logró preservar la muestra de sangre durante 15 días. Para probar la inocuidad del nitrato de sodio se inyectó varias dosis él mismo.

Este evento ha sido hasta el presente entendido de dos maneras —y cuando decimos *entendido* es con intención ya que no se trata de meras interpretaciones, como sería de esperar, sino de proposiciones de mundo. La primera manera es considerar al autor como un héroe y poner el acento sobre los aspectos biográficos. La segunda es desconocer el evento en relación con las secuelas tecnológicas o científicas que le sucedieron. Estas dos perspectivas son, cada una en sus características, una fuga hacia delante. La vertiente heroica consiste en explicar el presente de ese pasado a partir de una biografía. La vertiente progresiva consiste en asumir ese presente como algo natural, previsible, como si esa forma de presente del pasado fuese una versión anterior del presente actual. La definición del *ethos* local se realiza principalmente a partir no sólo de construcciones de eventos, sino asimismo a partir de sus posibles, de sus hipótesis, de sus proyecciones. La superación del resentimiento, en el contexto que indicamos, se puede medir a partir de la capacidad para hilvanar relatos y variedad de

relatos, en definitiva, para superar la dicotomía de las dos perspectivas como diametralmente opuestas y excluyentes.

Si el aserto que atribuye a Agote la primera transfusión es correcto, resta sin embargo preguntarse, por ejemplo, por qué entonces fue recién noventa años más tarde que la Ley 25.936, que establece la donación voluntaria de sangre como política de Estado, fue concebida. El evento del hospital Rawson no tiene ninguna lectura cultural porque ha sido interpretado a partir de un binomio estandarizado: o el evento es resultado de un héroe o el evento es negado por olvido, descuido o desidia. No hay una evolución histórica o cultural, a partir del evento, que haya permitido establecer una tradición, una costumbre o un hábito que puede ser transformado en ley, en currículum educativo o en norma social. Hasta el año 2002, cuando se implementó el Plan Nacional de Sangre, sólo el 3% de la totalidad de donantes era voluntaria y hasta esa misma fecha ninguna campaña publicitaria o educativa de largo alcance había sido establecida por la administración Estatal que en teoría es la misma que había dado lugar a la primera transfusión no directa y con anti-coagulantes en 1914.

Aquello que, sin embargo, interesa de este evento no es tanto que existan estas dos posturas—la ninguneada y la heroica— como las consecuencias que dicha situación aporta. El hecho que el evento se narre, explique y teorice, a partir de esta oposición impide una evolución constructiva y analítica. De manera que, además de los resultados empíricos ya indicados, cien años después de este evento, no existe la posibilidad de establecer una historiografía filosófica sobre el particular en donde los pormenores del evento fuesen extendidos y entrelazados a otros eventos y circunstancias —que es la situación arquetípica en otras latitudes y que en general se indica como evolución cultural. Las consecuencias de esta situación, como decimos, es que (i) o se considera que el evento no tiene fecha y existe *sine die* o (ii) se considera que el evento no tiene relevancia en el contexto político e institucional en el que se lo considera y pertenece al puro presente. La condición de efemérides con que aun se trata en la actualidad al evento es una prueba flagrante de esta situación. De modo que entre el evento original y el ahora del presente no hay mediación alguna: sea el evento es un hecho heroico y aislado, sea el evento es entendido a partir de la situación de ese ahora actual.

Que la originalidad y primogenitura del evento sea más importante, en la actualidad, que los aspectos técnicos o sociales que condujeron al evento, es además una clara indicación de esta situación que mencionamos. La manera en que se presenta

la narración del evento se apoya enteramente sobre el hecho heroico o sobre el descubrimiento de que no vienen de ninguna parte: tal situación es arquetípica de los ámbitos periféricos donde la construcción de una evolución intelectual o técnica se halla siempre mediada por hagiografías científicas o nacionalismos administrativos. Puesto en perspectiva no hay normalidad posible para el evento: su excepcionalidad tiene toda la legitimidad que una historia local puede ofrecer, los aspectos conceptuales, técnicos o sociales no logran adquirir ninguna dimensión cultural.

La sangre como problema especulativo

En unas condiciones como las indicadas, de ausencia de especulación crítica real, ningún ejemplo es por casualidad, sino que cada caso acaba siendo ejemplar. Por ello en otra ocasión hemos defendido el principio epistemológico constructivista que postula que una cuestión o teoría, en el ámbito periférico, se construye a partir de la ejemplaridad que enuncia. No hay ejemplos sino ejemplaridad: los ejemplos son parte de la argumentación y no una ilustración de ella. La relación entre la incapacidad para construir una forma de especulación crítica y la sangre como elemento básico del imaginario nacional es directa y vinculante. La hipótesis de autores locales como Ricardo Piglia (n. 1941) acerca de que la noción de imaginario nacional tiene un origen indeleble de sangre —sangriento, violento, guerrero— a partir de las tramas de las narraciones históricas y literarias locales es una evidencia incontestable (véase Piglia, 1993).

La donación de sangre, he aquí entonces nuestra hipótesis segunda, no ha logrado en su situación actual una lectura cultural o historiográfica solamente por los impedimentos antes indicados, sino asimismo porque se halla vinculada a una serie de elementos centrales al acervo local y al de su historia inmediata: (i) la violencia, (ii) la muerte violenta, (iii) el tratamiento del cuerpo, (iv) el cuerpo del enemigo, (v) la formulación del pasado a partir de una memoria sensible y corporal, (vi) la territorialidad de lo humano, (vii) la frontera entre sufrimiento y tortura, (viii) la delimitación entre víctima, familiar, autoridad y educador, (ix) el tiempo y la memoria como fracasos que se pagan corporalmente, (x) el origen del territorio y el de la etnia como un hecho sangriento, (xi) la ciencia entendida como científicismo y tecnología, (xii) la ciencia entendida como una escolaridad mal habida.

Siendo un matadero y una guerra civil los símbolos que han dominado el imaginario literario de los orígenes culturales del ámbito local, el tema de la transfusión de sangre es entonces menos una metáfora que un elemento central de la cultura local. No puede haber relación entre un don y la construcción constante de un enemigo a partir de su desaparición física o violenta —como es el caso desde *El Matadero* (1871) de Esteban Echeverría (1805-1851) y *Civilización y Barbarie* (1845) de D. F. Sarmiento (1811-1888), por ofrecer ejemplos idiosincráticos, hasta nuestros días. La sangre no se ofrece sino que se quita: este es el contexto cultural y científico en el cual la transfusión de sangre debiera haber sido leída e interpretada. La construcción de un sentido cultural y narrativo a partir de un hecho de sangre es una situación que atraviesa todo el espacio local.

La idea de donar reúne dos conceptos: el de don (atributo) y de dar (acción, actitud). Y la discusión que esta situación plantea ha sido afrontada por diversos pensadores europeos, del cual el más reciente ha sido el francés Jacques Derrida (1930-2005), quien analiza la relación del don y del dar en vínculo con la moneda y con muerte, lo cual tiene a su vez, de forma inesperada, una relación directa con el ámbito local: la moneda que aparece como el único signo válido para el desierto, la muerte violenta que surge como el único recurso comunicativo de los enemigos o, mejor dicho, la obliteración de los cuerpos como signo de distinción política y social. La moneda funcionaría así como un atributo (don) y como una acción (dar) que, según las circunstancias, podría ser formulado de tres maneras genéricas: como símbolo (la moneda en sentido lato), como parte (“dinero suelto”, “piezas”), como cambio (“el vuelto”) (véase por ejemplo Derrida, 1991). De modo que la única lógica del espacio de la territorialidad es un simbolismo derivado del monetarismo. La muerte, por otra parte, funcionaría como un atributo (don) que recorre los cuerpos y que se traduce en una sociedad compuesta por autoridades o por víctimas, y por un accionar (dar) en donde un intercambio entre unos y otros hace que sus identidades se confundan y trastoquen (véase por ejemplo Derrida, 1992).

En el ámbito local entonces la sangre nunca se dona, sino que se vende bajo la forma de temporalidad o se ofrece en términos de autoridad y/o de víctima. La ausencia de una lectura o interpretación que permita superar esta dicotomía decimonónica es, una vez más, uno de los elementos probatorios de la ausencia de especulación crítica, de una especulación que permitiera constituir una epistemología de base, por llamarle de

alguna manera. No existe especulación en torno a la sangre, sino en relación a los eventos que supone. Por ello la figura del primer donador/dador es asimismo la de un especulante local: alguien que es vacilado por las autoridades al mismo tiempo que por el evento a que está dando lugar y que, bajo esas condiciones, hace de la deriva una forma dominante de circunstancia. Al mismo tiempo este donador es anónimo, desconocido en términos públicos. La donación de sangre establece la relación directa entre interés, involucramiento e idiosincrasia.

El primer donador empleado por Agote fue quien era entonces el portero del Instituto Modelo de Clínica Médica del Hospital Rawson —hospital que fuera establecido en 1868 y que constituyó el primer centro de este tipo realizado a partir de una colecta pública. Ramón Mosquera fue el donante de 28 años que benefició, según las fuentes, sea a una mujer parturienta sea a un hombre afectado de tuberculosis pulmonar, versión esta última que se hallaría confirmada por la existencia de una fotografía que presenta a un grupo de médicos de pie en la cabecera de una cama donde yace un paciente masculino. Mosquera, inmigrante gallego que vivía en el barrio de Ciudadela, es el centro de este evento, menos por el hecho que es el dador literal de la sangre que por las condiciones en que dicha donación fue realizada. El dador es el elemento fortuito y azaroso de este evento, el dador es el primero que se encontró “a la mano” y que no pertenecía al cuerpo estable de médicos o asistentes del hospital. Esta relación de necesidad y azar para la constitución de un evento es una de las características determinantes de los ámbitos periféricos y uno de los desafíos especulativos más interesantes que no pueden ser analizados a partir de categoría genéricas como racionalidad o modernidad.

Una cultura sangrienta que no especula

La mejor metáfora de la especulación rioplatense se halla en dos paradojas referidas a Mosquera. La primera se refiere al hecho que Ramón Mosquera fue el primer donante de sangre del mundo en una eficaz transfusión no directa con uso de coagulantes y, sin embargo, no conocemos su grupo sanguíneo que es en la actualidad la condición básica de todo donante. La segunda condición, más genérica, se refiere al hecho que el autor de la primera transfusión y del anti-coagulante no es reconocido como tal en la historia médica de las transfusiones, es más, su nombre ni siquiera aparece en la bibliografía

clásica más consultada (véase Laín Entralgo, 1974; McCarthy, 2002; Porter, 1966). Luis Agote y el Hospital Rawson es, para decirlo en términos locales, una ficción nacional.

Para un evento local que se justifica mayormente a partir del aspecto heroico y de su relevancia “universal”, el hecho que el mismo no tenga existencia teórica o práctica fuera del ámbito local es una característica distintiva de la situación en los espacios periféricos del planeta, pero, más relevante aun y, sin duda, más paradójico, constituye una *segunda confirmación* de la interpretación heroica del evento. La creación teórica de la transfusión con el citrato de sodio como anticoagulante pertenece al investigador médico belga Albert Hustin (1882-1967) y la metodología de las transfusiones fue patentada en términos historiográficos y culturales por el cirujano norteamericano Richard Lewisohn (1875-1961). La idea de un “banco de sangre” es una creación administrativa soviética (hospital de Leningrado) implementada en 1932 y la bolsa plástica universal de 1950, para transportar la sangre, es una creación del cirujano de Harvard Carl Walter (1902-1992) y del médico W. P. Murphy (1892-1987), quien obtuviera el Premio Nobel en 1934. La ausencia de una dimensión especulativa crítica en términos culturales permite comprender situaciones paradójicas y contradictorias como ésta o, mejor dicho, esta paradoja ilustra las condiciones del *ethos* local.

Mosquera es el personaje crucial de este hecho de sangre pero sin embargo es el actor no calificado, el ajeno al saber y que forma parte de la institución por funciones de logística: exactamente tal rol es el que ocupan los especuladores críticos en los ámbitos periféricos. La *vitalidad* del evento —quien aporta la materia y la acción— no es quien constituye los significados y los conceptos a partir de los cuales se narra y transmite el evento: tal también es una cuestión crucial de la especulación en los ámbitos periféricos. Mosquera es un personaje anodino pero central a la narración.

Un evento que es otra cosa

El 9 de noviembre de 2014 este evento de sangre fue evocado por los periódicos locales. Más allá de la buena voluntad de los periodistas o del editor que decidió ocuparse del argumento en desmedro de otras noticias, esta evocación evidencia una ausencia de *espesor* historiográfico o epistemológico: es una evocación de efemérides complementada por un relato heroico. Esta evocación no tiene sustento cultural alguno:

no hay un espesor científico que permita una reconstrucción intelectual ni tampoco hay un espesor historiográfico que permita o posibilite una variedad simbólica y de significados. Este es uno de los grandes problemas de las sociedades periféricas que no logran anclar culturalmente los eventos que contienen y por tanto sus formulaciones políticas y especulativas son débiles o simples degeneraciones. Esta situación que en gran medida responde a formas coloniales ínsitas a la definición misma de lo local, posee sin embargo actores y agentes de relevancia que confirman dicha situación a partir de un comportamiento especulativo imbuido del *efecto conserje* que indicamos antes. Con el agravante contemporáneo que este efecto pone en juego en la actualidad elementos financieros y tecnológicos que en las sociedades decimonónicas no existían de manera definida.

Los objetos materiales —al igual que los conceptos y los símbolos— viajan, se desplazan, y es imposible establecer una versión original o de partida de los mismos. Por tanto toda teoría que pretenda establecer dicha originalidad como rasgo predominante sobre el cual se asienta su legitimidad local constituye un empresa destinada al fracaso. Sin embargo, aun en la actualidad, en no poco ámbitos periféricos dichas nociones de autenticidad continúan siendo consideradas como prioritarias y determinantes.

La ausencia de una cultura científica —instituciones, historias de conceptos, historiografías, etc.— explica una parte del por qué el evento se halla centrado en la figura de Agote, sin embargo, la percepción local del mismo es relevante también en términos especulativos por cuanto determina cómo el mismo ha sido constituido y aprehendido a nivel común de la sociedad y las comunidades. Que el evento se base exclusivamente en el hecho biográfico y en la recepción o estatus extranjero de la cuestión (informaciones, bibliografías, etc.) es toda una definición de cómo los ámbitos periféricos se sitúan frente a la especulación o, mejor dicho, de cómo denominan la noción de reflexión.

La cuestión relevante entonces reside en el hecho que la primera transfusión de sangre a nivel local —poco importa que sea la primera a nivel mundial— es entendida en la actualidad como un evento mediático y/o efemerídico y no como un aspecto de la evolución conceptual y científica de la cultura local. El trabajo de Agote es leído sea como el de un funcionario público sea como un “hombre excepcional”, no hay lecturas culturales disponibles de Agote o de su trabajo. Y tal situación de ausencia y de

imposibilidad es una constante de los ámbitos periféricos. Hay un mecanismo de colonización que permite en parte explicar esta situación, pero hay también una ausencia de análisis de dicho mecanismo como parte constitutiva de lo local, lo cual explicaría en gran medida por qué se dice lo que se dice de Agote y de Mosquera en la actualidad. En definitiva la hagiografía a que nos someten los medios de comunicación locales es una prueba flagrante de un mecanismo estéril de dominación cultural que propone situar la validez de un evento pasado en un análisis y en un lugar que nunca tienen ni sitio, ni ocasión, ni lugar.

¿Cuál es en definitiva el rol de donación de sangre y de la historia de las transfusiones en relación con la ausencia local de una especulación crítica? El hecho no sólo de la ausente socialización del evento durante casi un siglo, sino también la ausencia de un contexto cultural o intelectual en el que dicho evento pueda aun hoy en la actualidad ser leído, interpretado e incorporado como herramienta cultural. Pero también la manera de percibir un evento público del pasado que no tiene co-relato cultural pero que, sin embargo, existe como información relevante. La existencia del *efecto conserje* es sólo una forma simple y banal de la variedad innumerable que la vehiculación tecnológica puede asumir en comunidades de base colonial y, no menos relevante, de la manera en que dicho mecanismo puede contribuir a conformar una noción de sujeto y de su historia. Mosquera es, en este sentido, el anónimo útil, el sujeto que sale de ningún y lado y vuelve a ningún lado pero al que se le atribuye una función efemerídica. Que un inmigrante extranjero a caso, portero de un hospital, constituya el ápice de una narración heroica que contribuye además a las efemérides de aquello que se entiende como acerbo nacional no es prueba de popularidad o democracia alguna, sino algo que sólo puede ser descripto —en cuanto evento, en cuanto situación— a partir de un malentendido: la sangre inocua, inmigrante y anónima, que sirve para justificar una gesta científica local. Y es este malentendido el origen de toda especulación local. Para formular tal situación tal vez debiéramos re-escribir el *efecto conserje* de origen europeo antes señalado e indicarle de manera local como *efecto portero*.

Referencias

Derrida, Jacques. *Donner le temps. 1. La fausse monnaie*, Paris: Galilée, 1991.

———. *Donner la mort*, Paris: Galilée, 1992.

———. *Pardonner*, Paris: Galilée, 2012.

Garabetyan, Enrique. “Bodas de sangre”, en *Página 12*, suplemento “Futuro”, 14.08.2004, accesible en www.pagina12.com.ar, accedido 10.11.2014.

Lain Entralgo, Pedro. *Historia Universal de la medicina*, Madrid: Salvat, 1974. En particular el tomo vi.

Lipovich, Pedro. “Pura sangre”, en *Página 12*, disponible en www.pagina12.com.ar, 09.11.2014, accedido 15.11.2014.

———. “Las nuevas estrategias”, en *Página 12*, disponible en www.pagina12.com.ar, 09.11.2014, accedido 15.11.2014.

———. “Donaciones altruistas”, en *Página 12*, disponible en www.pagina12.com.ar, 09.11.2014, accedido 15.11.2014.

———. “La hazaña de Luis Agote”, en *Página 12*, disponible en www.pagina12.com.ar, 09.11.2014, accedido 15.11.2014.

Magner, Lois N. *A History of Medicine*, Boca Raton: Taylor and Francis, 2005.

McCarthy, Leo J. *The Time Line of The History of Transfusion Medicine*, accesible en <http://library.medicine.iu.edu/files/3112/7375/5293/bloodtimelines.pdf>, accedido el 10.11.2014.

Piglia, Ricardo. *La Argentina en pedazos*, Buenos Aires: La Urraca, 1993.

Porter, Roy. *Cambridge Illustrated History of Medicine*, Cambridge: Cambridge University Press, 1996.